

ENAMORADA DEL DIABLO

Gaelen Foley

1

Londres, 1817

El extravagante pabellón con tejado en forma de cúpula languidecía de abandono en los helados marjales al sur del Támesis; una ruina ostentosa sometida a los azotes de una deprimente nevisca de febrero que azotaba sus descoloridos torreones falsos y sus ventanas tapiadas. Había quienes decían que el lugar estaba embrujado. Otros afirmaban que estaba maldito. Sin embargo, lo único que sabía el modesto procurador de su ilustrísima era que si su elegante patrón no llegaba pronto, pillaría una pulmonía sin duda alguna.

Sujetando con fuerza el paraguas sobre su cabeza, Charles Beecham, de profesión abogado, aguardaba envuelto en un abrigo marrón de lana, con un sombrero de piel de castor bien calado sobre el cabello ralo y una expresión de absoluta desdicha en el rostro. Estornudó de repente contra el pañuelo.

—Jesús —le dijo el señor Dalloway, que aguardaba cerca de él, con una sonrisa aduladora.

—Gracias —respondió Charles de forma cortante antes de darle la espalda al desaseado agente inmobiliario con un enorme resoplido.

Dalloway era la parte contraria en esa transacción y estaba decidido a escamotearle a su ilustrísima tres mil libras por el dudoso privilegio de tomar posesión de ese maldito lugar. Charles tenía la intención de convencer con firmes argumentos a su patrón de que no realizara la compra, sobre todo porque él sería el encargado de explicarle tamaño despilfarro a la anciana Dama de Hierro. Tras echar un discreto vistazo a su reloj de bolsillo por enésima vez, frunció los labios. Tarde.

¡Caray! Su tranquila existencia como procurador de la familia Strathmore había pasado a ser alarmantemente interesante desde que su ilustrísima había regresado de sus correrías por los siete mares y más allá.

Aunque no llegaba a los treinta años, el vizconde ya había hecho el tipo de cosas sobre las que él prefería leer desde la seguridad de su sillón favorito. Lady Strathmore lo había deleitado a menudo con relatos de las aventuras de su temerario sobrino: enfrentamientos con piratas, captura de barcos negreros, convivencia con salvajes, caza de pumas, exploración de templos en las selvas de Malasia, expediciones por el desierto con las caravanas nómadas de Kandahar... Lo había tomado todo por un puñado de tonterías hasta que conoció al hombre en persona. ¿Para qué diantres querría ese lugar?,

se preguntó antes de ensayar para sus adentros una advertencia diplomática: Milord, este es precisamente el tipo de aventura impulsiva que metió a su tío en arenas movedizas...

Lástima que pensarlo fuera una cosa y decírselo al endiablado Devlin Strathmore, otra muy distinta.

En ese momento se escuchó un rítmico sonido al otro lado de los espesos jirones de niebla y de la cortina de agua, algo parecido a un trueno en la distancia. Aunque al principio apenas si era audible, no tardó en convertirse en el ensordecedor e inconfundible ruido de los cascos de varios caballos.

Por fin. Charles miró hacia las puertas de hierro forjado de la propiedad de recreo. La ominosa cadencia fue aumentado de volumen, implacable, y resonó en los marjales hasta que hizo temblar la tierra. De repente, un enorme carruaje negro salió como una exhalación de la niebla y se lanzó a todo galope por el camino de gravilla que ofrecía el único sendero seguro por el que atravesar el terreno pantanoso.

Los cuatro caballos negros que conformaban el magnífico tiro se desplazaban como una sombra oscura, golpeando con sus cascos

hielo y barro por igual mientras el aliento se les condensaba alrededor del hocico. Repartidos entre la parte delantera y la trasera del flamante carruaje, el cochero, el palafrenero y dos lacayos de su ilustrísima miraban al frente, ajenos a las inclemencias del tiempo. Llevaban la librea de los Strathmore, de un discreto tono ocre con elegantes ribetes negros, rígidos tricornos de fieltro y voluminosas chorreras de encaje blanco en el cuello.

Charles observó de reojo cómo su oponente, el señor Dalloway, se alejaba con paso tranquilo de su refugio en la parte superior de la extravagante escalera curvada del pabellón. Tenía su astuta mirada clavada en el carruaje que se aproximaba. Al percatarse del brillo avaricioso de los ojos del tipo, Charles se vio asaltado por el desdichado presentimiento de que su rival le ganaría la partida ese día... y ¿qué le diría entonces a la Dama de Hierro? Consiguió refrenar el pánico que le ocasionaba el posible enfado de la formidable viuda recordándose la severa orden que la anciana le había dado siete meses atrás, cuando su sobrino regresó a Londres.

—Mándame a mí todas las facturas de Devlin —le había ordenado la vieja cascarrabias sin ambages. Cuando él puso en duda esa orden, con la idea de proteger los intereses de la anciana, esta le había restado importancia a sus temores—. Me basta con que haya vuelto a casa, Charles. Mi apuesto sobrino tiene que causar sensación en la ciudad. Me mandarás todas sus facturas.

Y así lo había hecho él, sin rechistar.

Como si se tratara de una bandada de palomas en forma de borrones de tinta, las facturas de su ilustrísima habían volado hacia la elegante villa de la vizcondesa en la campiña de Bath: los gastos de la compra de la hermosa casa de Portman Street y de sus elegantes muebles, sus alfombras Aubusson, sus cortinas de damasco francés, sus cuadros clásicos y sus estatuas de desnudos en mármol; los gastos de la bodega y del salario del personal; de los carruajes, del tálburi y de los caballos; los gastos de vestuario y de calzado; las cuotas de White's y Brooke's; el pago mensual del palco de la ópera,

las fiestas, las joyas (tanto para él como para un sinnúmero de mujeres anónimas) e incluso algunos pagarés de unas cuantas partidas desafortunadas en las mesas de juego. La «querida tía Augusta» las

había pagado todas sin rechistar. Pero ¿tres mil libras por una antigua propiedad de recreo abandonada? Parecía excesivo incluso para el vizconde.

Cuando el cochero detuvo el tiro de caballos frente al pabellón, Charles tragó saliva con el corazón desbocado. Los lacayos saltaron al suelo desde su puesto en la parte posterior del carruaje y echaron a andar como autómatas: uno abrió la puerta del carruaje mientras el otro sacaba un paraguas y lo sostenía en alto.

Dalloway le lanzó una mirada nerviosa; ya no tenía esa expresión tan petulante.

—No conoce a su ilustrísima, ¿verdad? —murmuró Charles entre dientes, bastante ufano.

Dalloway no respondió. Devolvió la vista al carruaje, donde el lacayo había desplegado los escalones de metal antes de abrir la puerta y aguardar mirando al frente con una impasible eficiencia.

La primera persona que descendió del vehículo fue el afable Bennett Freeman, un joven negro bien vestido procedente de Norteamérica que hacía las veces de ayuda de cámara de su ilustrísima. El hombre lo había acompañado en sus viajes a lo ancho y largo del mundo y lo asistía en la mayoría de sus asuntos cotidianos. Tras los anteojos de montura metálica, los inteligentes ojos castaños del señor Freeman barrieron aquel extraño lugar con expresión perpleja, pero en cuanto lo vio, lo saludó con la mano y corrió hacia el pabellón para resguardarse de la lluvia.

A continuación, una delicada mano enguantada asomó por la portezuela para aceptar la ayuda del lacayo. Charles volvió a estornudar cuando la última querida de su ilustrísima descendió del carruaje y caminó hacia el pabellón de forma primorosa con sus altas chinelas de metal, deteniéndose al llegar al borde de los charcos. No fue su vestimenta, sino su mirada codiciosa y el coqueto andar los que delataron su profesión, ya que en los tiempos que corrían las mejores cortesanas vestían de la misma manera que las damas más elegantes de la alta sociedad. Llevaba una ajustada chaquetilla de terciopelo marrón y se levantaba las faldas con una mano enguantada, mientras que con la otra intentaba proteger de la lluvia su magnífico sombrero y las plumas de pavo real que lo adornaban.

Dado que su sentido de la caballerosidad estaba lo bastante arraigado para asistir incluso a las mujeres de su clase, Charles se acercó a ella y le entregó su paraguas a la carísima ramera.

—Vaya, se lo agradezco, señor —respondió ella con voz meliflua y entrecortada.

Dalloway se apresuró a ayudar a la buscona a subir las resbaladizas escaleras.

El último en salir fue Devil Strathmore.

El lacayo que sostenía el paraguas tuvo que estirar el brazo para resguardar a su alto patrón de la lluvia. Su ilustrísima salió del carruaje con agilidad y se detuvo un instante para ajustarse el gabán de costosa lana negra ribeteado en piel que colgaba al descuido de sus anchos hombros y envolvía su poderosa figura. Unos pequeños anteojos tintados protegían sus ojos del mortecino resplandor grisáceo del atardecer. Llevaba el largo

cabello azabache recogido en la nuca con una cinta. Un arete de oro le adornaba la oreja izquierda. La excentricidad era un rasgo familiar, después de todo, al igual que su atractivo irlandés. Su piel aún conservaba el bronceado del sol del desierto que había atravesado meses atrás, pero la indolente sonrisa que esbozó al vislumbrarlo a él, el leal procurador de la familia, brilló como los blancos acantilados de Dover.

No había manera de evitarlo. Esa sonrisa, de labios de Devil Strathmore, era capaz de lograr que una persona irguiera los hombros, aunque se tratara de un anticuado hombre de mediana edad como Charles. El vizconde era la viva estampa del encallecido y mundano calavera (un hombre al que no era inteligente enojar, ni mucho menos), pero cuando alguien le caía en gracia, destilaba un encanto del todo irresistible.

—Charles, me alegro de verte.

Lord Strathmore se acercó a él con pasos largos y seguros mientras el lacayo que sujetaba el paraguas se esforzaba por mantenerse a la par.

—Milord.

Charles compuso una mueca al recibir el cálido apretón de manos y estuvo a punto de caerse de bruces cuando el gigante le dio unas palmaditas en la espalda.

El vizconde señaló con gesto elegante el edificio.

—¿Entramos?

—Sí, por supuesto. Pe... pero debo insistir primero en que...

—¿Algún problema, Charles?

Su ilustrísima se quitó los anteojos tintados y lo contempló desde arriba durante un instante con esos ojos claros de mirada agresiva.

Charles sostuvo esa mirada insondable y vio rastros del salvajismo que se escondía en ella: sombras frondosas, paisajes marinos, profundos y oscuros cañones... Tragó saliva.

—No... no, por supuesto que no, milord, ningún problema. Solo que... bueno, es un gasto considerable, como puede ver. —Se detuvo al ver que no estaba consiguiendo nada—. Debo añadir además que no estoy totalmente seguro de que su tía lo apruebe...

Dev se detuvo para estudiar al abogado.

Como apasionado de la naturaleza humana que era, apreciaba en gran medida el valor y la lealtad que habían instado a su menudo procurador a enfrentarse a él. Y lo apreciaba con sinceridad. De todos modos, no toleraría una oposición en el asunto que tenían entre manos, aunque explicar sus verdaderos motivos estaba fuera de toda cuestión. Al parecer, iba a tener que ser implacable e insistir en salirse con la suya porque... bueno, porque era el endiablado De-vil Strathmore y siempre había hecho lo que le daba la gana.

Le ofreció a Charles una de sus sonrisas más encantadoras y se metió los anteojos en el bolsillo delantero de la chaqueta.

—No digas tonterías, Charles. La tía Augusta ve por mis ojos. —Se giró y subió las escaleras.

—Bueno, eso es cierto... —concedió Charles al tiempo que se apresuraba a seguirlo—. Pero tal vez yo podría explicárselo mejor a su tía si su ilustrísima tuviera la bondad de informarme por qué... por qué desea comprar este lugar.

Dev se echó a reír.

—¿Por qué? Por la misma razón que hago todo lo que hago: porque me divierte. Vamos, Charles, no seas un aguafiestas. Echemos un vistazo.

—Pero, señor... ¡pedirá mi cabeza por esto!

—Charles. —Se detuvo, se volvió y suspiró antes de acomodar las solapas del hombrecillo con un gesto afectuoso—. Mi querido Charles. Mi querido, formal y serio Charles. Muy bien, te diré qué es lo que se cuece, pero en la más estricta de las confianzas. ¿Entendido?

—¡Señor! —exclamó, azorado por ese grandioso trato de favor—. Por supuesto, milord. Tiene mi palabra de... de caballero.

—Excelente. —Dev lo cogió de un hombro y lo acercó al tiempo que clavaba la mirada en sus ojos—. En fin... —comenzó e inclinó la cabeza hacia el hombre mientras bajaba la voz—, ¿has oído hablar alguna vez del Club Hípico del Caballo y la Cuadriga?

Charles abrió de par en par los ojos, escandalizado.

—¡Señor!

—Ese mismo —replicó Dev—. Ya sabes cuánto me gustan las carreras de carruajes.

—S... sí, señor. El tílburí, la berlina, su semental tordo...

—Exactamente. Bueno, hay unos cuantos... digamos que requisitos para entrar en dicho club. —Pasó a enumerarlos con la ayuda de los dedos—. Primero, un aspirante a miembro debe ser de alta alcurnia, carecer de decencia y tener una ingente cantidad de dinero.

—Pero... usted no la tiene, señor.

Dev soltó una carcajada carente de humor.

—Todavía no, por supuesto, pero es como si la tuviera.

A decir verdad, consideraba la fortuna de su tía como parte esencial de su éxito. El juego, por ejemplo, era la manera en la que se había acercado a sus objetivos, ya que unos timadores como los que componían el Club del Caballo y la Cuadriga siempre estaban dispuestos a aceptar a un jugador que apostara fuerte para completar su mesa de whist. Era curioso que cuanto más perdía sin rechistar, más parecían disfrutar esos rufianes de su compañía. Pero que siguieran ganando de momento, pensó. Pronto lo perderían todo.

Incluida la vida.

—El segundo requisito que un aspirante debe reunir es mostrar su respeto presentándoles a sus hermanos un regalo apropiado. Esto... —dijo al tiempo que miraba el edificio para después guiñarle el ojo a Charles— los tumbará de golpe.

Al menos cuando hubiera minado todo el suelo con explosivos.

—Tengo entendido que hay un tercer requisito —añadió con despreocupación—, pero de momento no he conseguido averiguar de qué se trata.

—Sí, pero, señor... ¡el Club del Caballo y la Cuadriga! —musitó Charles, horrorizado—. Todo el mundo sabe... Bueno, usted lleva muchos años alejado de Londres... Tal vez no haya escuchado...

Para regocijo de Dev, su menudo procurador miró a su alrededor como si Randall el Sanguinario, Torquil Manchas de Sangre o el elegante pervertido de Carstairs anduvieran al acecho por las cercanías.

—Son un grupo muy peligroso, señor. Muy peligroso. Duelos... ¡cosas inconfesables! Estoy seguro de que su tía no lo aprobaría en absoluto. ¡En absoluto!

—Bueno, Charles, tal vez tengas razón, pero como ya te he dicho, adoro ese deporte. Un verdadero aficionado a los enganches de cuatro caballos está preparado para tales eventualidades. ¿No estás de acuerdo? Me alegro mucho de que me dieras tu palabra de que no le mencionarías nada de esto a nuestra querida Dama de Hierro. ¿Entramos? —Dev esbozó una sonrisa aduladora.

—¡Ay, Dios mío...! —murmuró Charles, que se apresuró a seguirlo mientras él continuaba su ascensión—. Muy bien, pero le ruego que se cuide de parecer demasiado ansioso ante este tal Dalloway, milord. Es una criatura de lo más taimada y rastrera.

Después de haber comerciado con armas, camellos y especias con las caravanas de beduinos de Marrakech, quienes posiblemente fueran los regateadores más astutos del mundo, no dudaba de que podría hacer frente a un desastrado agente inmobiliario de los barrios bajos londinenses; aunque ocultó lo divertido que le parecía todo aquello y le hizo una reverencia a su procurador con elegancia regia. Después de todo, lo único que importaba era la lealtad del hombre.

—Gracias, Charles, me doy por debidamente advertido.

Apaciguado por el agradecimiento, Charles lo siguió al interior del edificio sin pronunciar una sola queja más. Cumplieron pronto con las presentaciones y al poco tiempo ya estaban inmersos con el señor Dalloway en su recorrido por el pabellón.

Dejaron el vestíbulo octogonal con sus techos pintados de rojo, sus espejos manchados y sus pinceladas de dorado deslucido y atravesaron unas enormes puertas de madera tallada que parecían sacadas de la febril pesadilla de un adicto al opio. El lugar parecía rodeado por un halo de embriaguez y decadencia casi siniestro; el persistente hedor a cerveza rancia se elevaba desde los carcomidos tablones de madera del suelo y se mezclaba con el olor a humedad.

A medida que se iban alejando del vestíbulo, la mortecina luz se fue transformando en oscuridad, ya que todas las ventanas estaban cubiertas por tablones. Sus dos lacayos llevaban un par de candelabros con las velas encendidas para iluminar el camino, al igual que el señor Dalloway. Se adentraron más en la penumbra, mientras los suelos crujían como fantasmas torturados. Daba la impresión de que, de un momento a otro, se escucharía el espectral eco de unas risas olvidadas. Las arañas correteaban por las paredes. A pesar de estar bajo techo, hacía tanto frío que se condensaba el aliento.

La rubia gritó y se acercó más a él cuando algo se abalanzó sobre sus cabezas. Levantaron las velas y no tardaron en descubrir las colonias de murciélagos y vencejos que se habían colado por las chimeneas.

En el pasillo principal las vacilantes llamas de las velas revelaron unas altas columnas pintadas como barritas de caramelo y un mugriento suelo de taracea con un mareante diseño en zigzag. A lo largo de las paredes se sucedían murales de brillantes colores. Las puertas interiores conducían a varias galerías en penumbra y a una docena de llamativos saloncitos. Incluso había un salón de baile con una tarima elevada para la orquesta.

—Dios, es espantoso —declaró Ben, que se giró hacia él.

—Deliciosamente espantoso —replicó Dev con voz lo bastante baja para que Dalloway no lo escuchara. Le dirigió a su ayuda de cámara y amigo de confianza una mirada rebosante de malicia—. Es perfecto. —A los retorcidos muchachos del Caballo y la Cuadriga les encantaría. El escenario perfecto en el que adormecer sus sentidos para acercarse más a las respuestas que buscaba con tanta desesperación.

Ben frunció el ceño, pero Dalloway continuó con su animado soliloquio, haciendo caso omiso de los tablones podridos, de la década de telarañas que colgaba de las lámparas de araña apagadas y de las pequeñas cascadas que caían por doquier a causa de las goteras del tejado.

Charles se secó una gota helada de la frente con un rictus de desagrado en los labios, aunque Dev ya se había percatado de que el procurador había estado en lo cierto acerca del agente inmobiliario. Dalloway se mostraba tan escurridizo como el aceite y tan dicharachero como una rata sobre un montón de basura mientras los conducía por el lugar, ensalzando sus supuestas virtudes.

—El pabellón principal, en el que nos encontramos ahora, se compone de unos mil metros cuadrados, con unas inmensas cocinas capaces de procurar alimento a un regimiento. Cuidado por donde pisa, señorita. Aquí están las escaleras. Tienen que ver las habitaciones de la planta alta...

La planta alta contaba con un distribuidor que daba paso a las habitaciones, cada una de ellas dedicada a un tema en concreto. Una estaba decorada como una jungla. La habitación egipcia tenía una falsa palmera en el centro de la estancia y en las paredes se apreciaban unas desvaídas pirámides pintadas al trampantojo. Otra de las habitaciones representaba el palacio del César en la Antigua Roma, con desnudos de escayola blanca barata que imitaban el mármol y enormes divanes escarlatas, que servían de alojamiento para los ratones. Su escrutinio lo llevó hasta los tapices que colgaban de las paredes y las montañas de excrementos de murciélagos.

Con el rabillo del ojo, Dev vio cómo Dalloway se acercaba, observándolo como un perro callejero que mirara un hueso olvidado en la mesa.

—¿Qué le parece, señor? Si esta propiedad no reúne sus requisitos, tenemos otras disponibles que tal vez quiera ver. ¿Qué es lo que busca exactamente, si me permite la pregunta?

Dev se frotó la barbilla mientras miraba a su alrededor.

—Necesito... —Un terreno propio. Un escenario que pueda controlar, pensó. Después de todo, estaría rodeado de enemigos. Se giró con una sonrisa indolente, interpretando a la perfección el papel de un libertino depravado—. Un lugar en el que pueda agasajar a mis amigos.

La rubia se echó a reír, emocionada por la idea. Dev le sonrió, mientras se esforzaba por recordar su nombre. Hasta el momento se las había apañado llamándola «querida».

La noche anterior también estaba algo borrosa en sus recuerdos, aunque suponía que debía de haberse divertido de lo lindo a juzgar por el aspecto de la mujer. De cualquier manera, se había sorprendido al despertarse y encontrarla todavía allí, sobre todo después de haberla hecho trabajar tanto. Le había costado media noche correrse, aunque

a ella no parecía haberle importado. No podía evitarlo. Estaba perdiendo interés en esas encallecidas profesionales, con su sinfín de trucos y sus miradas calculadoras. Lo único que le interesaba era si la puta en cuestión tenía pensado largarse a su propia casa en algún momento.

—¿Agasajar, señor? ¡Entonces este es el lugar idóneo! —exclamó Dalloway con una resplandeciente sonrisa, decidido a realizar la venta—. ¡Es una propiedad estupenda para celebrar fiestas privadas! Como su ilustrísima ya habrá comprobado, está a un paso de Londres a través del puente y además los invitados pueden llegar por el río en barcazas. Hay espacio de sobra y dependencias al gusto de cada uno, apropiadas para todo tipo de entretenimientos de lo más encantadores.

—También está el asuntillo de la intimidad. Mis... amigos prefieren perseguir sus placeres lejos de las miradas curiosas. Esos malditos columnistas nos siguen a todas partes escribiendo sus cotilleos, ¿sabe? —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Necesito un lugar... alejado de las multitudes. Un lugar aislado. —Uno que pueda destruir sin temor a que algún inocente espectador resulte herido, pensó.

—Bueno, señor, ya vio la verja de entrada... Muy resistente; solo necesita una manita de pintura. Por no mencionar la valla de hierro forjado que rodea todo el perímetro de la propiedad. Ade

más, solo hay una entrada, que da directamente al camino. A ambos lados están los marjales. Y vaya si es traicionero todo ese barro. La única alternativa es llegar en bote, pero para eso un intruso tendría que tener en cuenta las mareas o se quedaría varado.

Dev asintió con seriedad y fingió estar indeciso, pero cuando regresaron al salón de baile, simuló que se había decidido. Ese lugar serviría a sus propósitos a la perfección.

Dalloway se volvió hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Como ya le he dicho, señor, todo lo que esta preciosidad necesita es una mano cariñosa que la devuelva a su antigua gloria.

—Eso... eso costará dinero —intervino Charles con discreción.

—Ajá —musitó Dev sin comprometerse.

Cruzó las manos a la espalda y se acercó a las paredes para observar los murales con toda su desvaída exuberancia floral, dejando a su procurador para que le hiciera a Dalloway las preguntas pertinentes.

Clavó la vista en una sección del mural que escenificaba a la hermosa diosa Flora, ataviada tan solo con una guirnalda de rosas estratégicamente colocada.

—Esto... milord... —Su procurador se aclaró la garganta.

—¿Sí, Charles? —preguntó en un tono de aburrida indulgencia mientras seguía estudiando la pintura, pero Dalloway intervino antes de que Charles pudiera hablar.

—Todas las pinturas que tiene delante retratan a famosas bellezas de hace una década, milord. Todas actuaron en este lugar cuando estaba de moda. Había espectáculos acuáticos con fuegos artificiales, extravagancias musicales, equilibristas...

—¿Equilibristas? ¿De verdad? —preguntó con interés.

—Ya lo creo, señor.

—Como iba diciendo... —intentó Charles de nuevo, mirando a Dalloway con fastidio—, tengo mis dudas, señor. Serias dudas. Me... me temo que este edificio no es

seguro.

—La vida... la vida no es segura, Charles. —Dev se inclinó hacia la pared y entrecerró los ojos para contemplar la figura de Flora, ya que había descubierto algunas palabras emborronadas y desvaídas en la cinta dorada que había a los pies de la diosa.

Santo Dios. De repente levantó el brazo y chasqueó los dedos, enfundados en sus guantes negros.

—Vela.

Uno de los lacayos se acercó de inmediato y alzó el candelabro. Dev escudriñó la extraña caligrafía a la tenue luz de las velas, estupefacto al descifrar el nombre que había escrito allí: Señorita Ginny Highgate, 1803. Sus ojos siguieron clavados en la banda. Por el amor de Dios, era una señal.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ben, que se acercó a él.

—Ginny Highgate —musitó Dev, girándose asombrado hacia su amigo.

Intercambiaron una mirada estupefacta y sombría.

—Ah, sí, milord —intervino Dalloway—, la señorita Highgate solía cantar aquí todos los veranos. ¡Era la preferida de los muchachos!

—¿Quién es la... la señorita Highgate, si se me permite? —inquirió Charles.

—Una hermosa dama del teatro, señor. Irlandesa, creo —contestó Dalloway—. Su melena pelirroja era inigualable. Sí, todos esos caballeretes estaban locos por Ginny Highgate.

—¿Qué le sucedió? —preguntó la rubia con voz chillona, un poco celosa.

—Nadie lo sabe —respondió Dalloway—. Desapareció.

No del todo cierto, pensó Dev, apenado por la idea tan clara que tenía acerca del negro destino que había sufrido la joven belleza.

Durante dos años y con la ayuda de varios detectives, había investigado de forma furtiva la aciaga noche en la que el fuego le había arrebatado a su familia. Había pasado una década huyendo de su sentimiento de culpa, navegando de una punta a otra del planeta, pero en el décimo aniversario de la muerte de su familia tomó la resolución de examinar hasta el más mínimo detalle de aquella noche, algo que le había resultado imposible hacer cuando era un joven destrozado de diecisiete años.

No había tardado mucho tiempo en percatarse de que muchos de los detalles del incendio no encajaban. A partir de ese momento,

había seguido todas las pistas, había gastado una fortuna en sobornos y había reunido un montón de documentos acerca del caso: las esquelas de los periódicos; los informes de las exhaustivas investigaciones realizadas respecto a todas las personas fallecidas en el incendio; las copias manuscritas de las entrevistas con el acobardado inspector al que habían encargado la investigación; las declaraciones de varios testigos muy útiles; los registros de las compañías de postas cuyos carruajes habían recorrido esa ruta aquella noche... Todo a lo que pudo echarle el guante.

Desmadejando meticulosamente el ovillo cabo a cabo y a través de la desaparición de Ginny Highgate, alias Mary Harris, había logrado llegar hasta el Club del Caballo y la Cuadriga, y fue allí donde se topó con una pared infranqueable. Daba la impresión de que la pelirroja asesinada era el secreto mejor guardado del club.

Para averiguarlo había dedicado los seis meses previos a infiltrarse en el grupo, intentando ganarse su confianza con mucha cautela aunque estuviera jugando a la ruleta con su vida, ya que los miembros del club sabían a la perfección quién era él.

Aún no tenía muy claro por qué no lo habían matado a esas alturas; solo podía concluir que, hasta ese momento, se habían tragado su más que convincente charada de libertino depravado de los pies a la cabeza. Les había hecho creer que era un hedonista tan despreocupado que jamás se le había pasado por la cabeza cuestionar el accidente que había provocado la muerte de su familia.

Era evidente que sospechaban de él, o eso pensaba, pero también suponía que le habían permitido acercarse porque de ese modo tenían la sensación de tenerlo controlado. Todo el asunto requería un alarde supremo de diplomacia, aunque estaba preparado para asumir ese riesgo, ya que la recompensa era lo que más ansiaba en la vida: la paz.

Respuestas. No tendría paz hasta que no obtuviera respuestas. ¿Por qué? ¿Cómo? Lo único que pedía era que la vida tuviera sentido, pero no lo tenía ni lo tendría jamás. No hasta que obtuviera las respuestas a la pregunta... no, a la imperiosa cuestión que llevaba grabada a fuego en la mente desde hacía doce largos años y que le había consumido el corazón.

¿Qué había pasado realmente durante aquella aciaga noche en la que le habían arrebatado a su familia? ¿Quién tenía la culpa? Si había la más mínima esperanza de que hubiera alguien, alguien a quien poder culpar que no fuera él mismo, estaba dispuesto a llegar a los extremos que fueran necesarios.

¡Por el amor de Dios!, aunque le costara la vida y hasta el último penique de su herencia, averiguaría la verdad, obtendría las respuestas... respuestas que solo sus enemigos podrían proporcionarle. Y cuando estuviera en posesión de la verdad, cuando por fin supiera quién había provocado el fuego, desataría su venganza sobre ellos con un frenesí de violencia como jamás habían visto.

Irguiéndose de nuevo en toda su considerable estatura, se apartó inquieto del retrato de Ginny Highgate y le hizo un gesto brusco a Dalloway.

—Bien. Me lo quedaré. —Charles lo miró alarmado—. Sin embargo, está el asuntillo del precio —añadió—. Es demasiado elevado. Charles...

Dejó que su procurador negociara con el señor Dalloway y volvió a salir al vestíbulo, donde se apoyó contra el desvencijado marco de la puerta y clavó la vista en el helado lodazal, con ánimo taciturno a causa del tropel de antiguos recuerdos.

Ben se reunió con él y esos enormes ojos castaños de mirada intuitiva recorrieron su rostro desde detrás de los cristales de sus anteojos, salpicados de gotitas de agua.

—¿Estás bien?

Él se encogió de hombros, sumido en sus pensamientos. Cruzó los brazos por delante del pecho y su mirada recorrió los descuidados jardines con amargura.

—Cuando miro este lugar, veo una parte de mí —dijo en voz baja y rebosante de acerba ironía—. Hundiéndose en el lodo. —Sus ojos se posaron en los exánimes marjales y en las malas hierbas, grisáceas y rígidas por las heladas. Miró a Ben con una sonrisilla cínica—. Dicen que está embrujado, ¿sabes? Y maldito.

Su amigo lo miró con seriedad.

—Ojalá no hicieras esto, Dev. Todavía puedes dejarlo.

—No, no puedo. —Su sonrisa torcida se esfumó y el gélido odio volvió a oscurecerle los ojos, como una nube que tapara el sol y en sombreciera la ladera de una colina—. Yo siempre pago mis deudas.

—¿Incluso con sangre? ¿Aun cuando te cueste la vida?

—¿Qué vida? —susurró.

Se apartó de la pared para regresar con los demás, dejando que su leal ayuda de cámara lo siguiera con expresión angustiada. Cuando Dev entró de nuevo en el extravagante salón de baile, Charles se volvió hacia él con un alegre semblante.

—¡Aquí está, señor! —dijo con aire satisfecho—. El señor Dalloway ha accedido a establecer el precio en mil trescientas libras. Si le parece aceptable a su ilustrísima, cerraremos el trato.

—¿Te parece un precio justo?

—Es razonable.

—Bien hecho, Charles. —Chasqueó los dedos—. Pagaré.

De inmediato uno de los lacayos se acercó con un escritorio portátil, que sostuvo en alto para él. Dev abrió el compartimiento superior y sacó su libreta de pagarés. Tras mojar la pluma en el minúsculo tintero, redactó el pagaré mientras reía para sus adentros. Embrujado. Maldito. Qué apropiado...

—Cerciórate de que este lugar está convenientemente asegurado antes de que comiencen las obras, Charles. —Le tendió el pagaré a Dalloway—. Necesitaremos un constructor de confianza para que coordine la restauración. Y también carpinteros, techadores, pintores, yesistas...

—Primero necesitará al matarratas —musitó Ben, que entró en el salón de baile con una expresión asqueada mientras los costes de todo aquello dejaban lívido a Charles.

—Cierto. Avisa al exterminador para que libre este lugar de las plagas. Como siempre, te agradezco tu tiempo, Charles. Señor Dalloway, ha sido de lo más servicial. —Le hizo un gesto impaciente a la mujer y salió al exterior con su séquito debidamente a la zaga.

A sus espaldas, Dalloway se puso a bailar en silencio sobre la tarima carcomida.

Justo cuando estaban a punto de salir al frío exterior, Dev escuchó la cadencia de los cascos de un caballo y levantó la vista para ver que alguien se acercaba a todo galope por el camino.

—Qué caballo más feo —señaló Ben, que también observaba al jinete.

—Aunque rápido. Zancadas largas y seguras —murmuró él—. ¿Esperamos a alguien?

—No, milord —respondió Charles—. Creo que es un mensajero.

Y sin duda alguna, a medida que el jinete se acercaba, reconocieron la escarapela de su sombrero y el uniforme que lo distinguía como un mensajero urgente. Dev ayudó a la rubia a subir al carruaje y un instante después el jinete detuvo el caballo a poca distancia, mientras los cascos del animal hacían saltar un montón de gravilla por los aires.

—¿Lord Strathmore? —preguntó.

—¿Sí?

—¡Mensaje urgente para usted, señor! —El mensajero le entregó la carta.

—Gracias. —Se apresuró a cogerla antes de que la tinta se corriera y le hizo un gesto a Ben para que pagara al mensajero por la entrega. «Bath», ponía en el exterior del sobre. ¿De la tía Augusta?

Los remordimientos lo asaltaron al punto. Sabía que le debía una visita a la anciana. Más que eso, quería verla. Esa vieja cascarrabias había sido como una madre para él. Incluso le había salvado la vida a los veintiún años cuando, medio enloquecido de dolor, había estado a punto de destruirse a causa de la bebida. Le había comprado un barco, lo había metido dentro y lo había enviado lejos para que viera el mundo al cuidado de su hosco guardabosques escocés, Duncan MacTavish. Maldición, echaba de menos a la mujer, pensó al tiempo que rasgaba el lacre, pero cada vez que había pensado en ir a visitarla, todo su ser había retrocedido como un caballo asustado que se negara a saltar un obstáculo.

Era algo que no podía evitar. El amor que llevaba dentro estaba tan entrelazado con la pérdida y el dolor que apenas si podía distinguir una cosa de la otra, razón por la que tendía a evitar el asunto. Como un cobarde, se apresuró a añadir su conciencia. Hizo caso omiso de ella con una mueca de enfado consigo mismo mientras Ben le pagaba al mensajero.

Dev abrió el pliego de papel cuidadosamente doblado y lo leyó. La sangre fue abandonando su rostro a medida que leía la misiva.

Urgente

Bath 9 de febrero de 1817

Estimado lord Strathmore:

Aunque no nos conocemos en persona, espero que perdone mi atrevimiento al escribirle por un asunto de extrema urgencia. La necesidad me insta a desechar las normas del decoro para transmitirle un mensaje de lo más alarmante.

Me llamo Elizabeth Carlisle y llevo desde agosto al servicio de su estimada tía en calidad de dama de compañía. Es mi penoso deber informarle del cambio en el excelente estado de salud del que su tía siempre ha gozado, y rogarle, si la ama, que venga sin la menor dilación... antes de que sea demasiado tarde.

Quede con Dios,

E. CARLISLE

Por instante solo fue capaz de quedarse en el sitio con el rostro ceniciento. No. Todavía no. Ella es todo lo que me queda, pensó. —Milord, ¿sucede algo? —se atrevió a preguntar Charles con un deje de preocupación en la voz.

Sin mediar palabra, Dev se acercó al mensajero, lo cogió y lo desmontó sin miramientos del caballo antes de saltar a la silla de montar, aún tibia.

—¿¡Qué demonios...!?

—Págale, Charles. Dejaré a este animal en los establos de mi casa. Debo ir a Bath. —Su voz sonaba extraña y tensa incluso a sus propios oídos—. Me llevaré el tálburi... Es más rápido. —Cogió las riendas e hizo que el ruano diera la vuelta—. Ben, sígueme con mis cosas —dijo por encima del hombro.

—Pero... ¡Devlin! —protestó la rubia, que sacó la cabeza por la ventanilla del carruaje

con ese ridículo sombrero emplumado. Él puso los ojos en blanco y perdió la paciencia. —¿Tendría alguien la amabilidad de llevarse a esta mujer a su casa o a donde diantres vaya?

La rubia dejó escapar un jadeo furioso, pero él ya se había marchado a todo galope por el camino, con el estómago encogido por el pánico y los remordimientos de haber abandonado a su único pariente vivo. La desesperante verdad comenzó a darle vueltas en la cabeza, ya que cuando la tía Augusta por fin lo dejara, sin importar su enorme herencia, se quedaría completa e indeciblemente solo.

Título original: Devil Takes a Bride

Primera edición: julio, 2007

© 2004, Gaelen Foley

Publicado por acuerdo con Ballantine Books, un sello editorial de Random House Publishing Group, una división de Random House, Inc.

© 2007, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, Ana Isabel Domínguez Palomo, Concepción Rodríguez González y María del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.